

AA.VV., *Nacer. Poemas para una vida que empieza*, Lumen, Barcelona, 2005

Francisco Amoraga

El hijo tutora el acceso a la verdad del movimiento; es más, cuando arriba, su lección ha tenido ya lugar: En vano andará entonces el padre poeta tras la palabra móvil si, desatento, descuida la solución del propio moverse prorrogada en el hijo, si, preñado de una obstinada sordera, el padre poeta no escucha el clamor por las mil muertes que da, una a una, las muertes que el hijo *nace* antes de su llegada. El espera del padre es la ceniza del hijo; el don tiene de cenizoso el movimiento.

Cuánto de este magisterio del hijo cala o escampa en el editor de la presente reunión de natalicios, lo desconocemos; lo que entrega al lector es una obra escandalosamente breve, y no solamente por hallarse circunscrita a la poesía española del pasado siglo con sus más señeros nombres, sino por otra justificación de peso: la poca tradición de cantar alumbramientos o, de otro modo, el poco caso que se le presta al hijo de parte de los padres poetas españoles. Ante un dato así se debería preguntar si es circunstancial o no que el hijo no sea un *caso* poético en nuestra poesía, si la desproporción entre los géneros del saludo y la despedida contradice o no el carácter

hospitalario de una literatura, o si, finalmente, un matriarcado poético supondría o no un giro sensible al estado de la cuestión del hijo.

La antología preparada por Lumen, que venía a rescatar o reclamar la causa de la *vuelta* del hijo, en modo alguno consigue desmarcarse de la piedra o la ley de los poemas que contiene, o sea, de la causa del padre, lo cual parece tan inevitable como prometedor al principio, si bien el calado desigual de los poemas que componen la obra, vistos ahora desde el problema del movimiento del padre por el hijo, dejan el regusto de una poesía biológica en su mayor parte, enredada reiteradamente luego en la recuperación del padre y, sobre todo, dejan el sinsabor de ser poemas ambientados en una paternidad ingenua, incapaces de romper con el círculo del desamparo del hijo o con la infeliz concepción de su movimiento: la compilación, desde su primaverar subtítulo, apunta, más bien, al aflojamiento de la seriedad del nacimiento del hijo.

Por reacción debe el lector alzarse sobre la elementalidad de las letras al hijo para, legítimamente, exigir saber qué paternidad acusan o para, justa-

mente, denunciar la pendiente del no reconocimiento del hijo propio; que la indistinción entre caso poético del hijo y causalidad física del padre haya venido siendo la norma en lo común de nuestra poesía, no impide que el recto responder poético al hijo venga resuelto en una acusación o práctica de la paternidad imposible, excedente al padre, es decir, un caso ya trascendente, ya causa del movimiento. Si la causalidad coloca al ser propicio en el escenario único de la posibilidad biológica, la trascendencia convierte dicha unicidad en la imposibilidad que acarrea el hijo en su metafísica o, de otra manera, en la unicidad de su ser imposible. El hijo, que es hijo del padre y no de Dios, como recuerda I. Kertész en *Yo, otro* (Acantilado, Barcelona, 2002, p. 126), es imposibilidad asociada al movimiento de su *recién/siempre* venida, imposibilidad de un regreso inabordable, de un movimiento no sujeto al poder del padre. El hijo, relación radical de alteridad o relación «más allá de lo posible» (E. Lévinas, *Ética e infinito*, La balsa de la Medusa, Madrid, 2001, p. 62), nace de la misma *imposibilidad de tenerlo* (nuevamente Kertész, en *Kaddish por el hijo no nacido*, Acantilado, Barcelona, 2001), que no es otro acontecimiento que el haber cargado ya de antemano con una acusación mayor a la de su categoría biológica, con el caso de un ser que «ya manda» (J. Guillén, véase la pág. 19 de la presente edición) y obliga a la práctica subversiva del amor sobre la cual advirtiera con escaso éxito Ismene a su hermana (Sófocles, *Tragedias. Antígona*, Gredos, Ma-

drid, 2000, pág. 80), práctica contra el poder o práctica de lo imposible, por la que el padre abandona su papel de funcionario (J. Á. Valente, *Las palabras de la tribu*, Siglo XXI, Madrid, 1971, pág. 51) y se vuelve al hijo, a nacer con él se vuelve. No lejos de esta verdad se sitúa Juan Ramón Jiménez cuando sentencia el destino del hijo («volver; volver; volver»; véase pág. 10 de la presente edición), salvo que confunde el destino del hijo con el de la palabra del padre, puesto que el nacer es un volver o, en rigor, un haber vuelto, un haber sido ya el regreso a la verdad, un recuperarse de la palabra en el movimiento del hijo; y decimos bien, de la palabra, porque no se trata de la vuelta de Ulises ni del espectáculo de la repetición ofrecido a Laertes («¡Qué dicha la mía, ver al hijo y al hijo del hijo emulando en bravura!»); antes bien, nacer no es la reiteración del comienzo, es de lo precedente que escapa al padre la cuña «que no estaba acuñada» (P. Salinas, véase pág. 15), el umbral cenizoso de la resolución del movimiento.